

Medio	El Mercurio
Fecha	02-06-2018
Mención	La Moneda íntima de ALEJANDRA JORQUERA. Mención a Premio de Periodismo de Excelencia de la U. Alberto Hurtado.

La Moneda íntima de ALEJANDRA JORQUERA

La periodista ha sido una testigo privilegiada de la política chilena de los últimos años. Conoció los secretos de La Moneda con su padre, recientemente fallecido, quien fue secretario de prensa de Salvador Allende. Y vivió en primera fila la presidencia de Michelle Bachelet, junto a su marido, Mahmud Aleuy, ex subsecretario del Interior. “Dudo que alguien se haya sacado tanto la cresta sujetando un gobierno como lo hizo él”, dice.

POR RODRIGO MUNIZAGA

Alejandra Jorquera

(52) se despidió tres veces de su padre, Carlos “Negro” Jorquera. La primera vez fue el 11 de septiembre de 1973: el exconductor del programa político *A ocho columnas* (a fines de los 60) y parte de una generación de periodistas donde se cuentan Augusto “El Perro” Olivares, Alberto “Gato” Gamboa y Eugenio Lira Massi, era entonces secretario de prensa de Salvador Allende y ese día llamó muy temprano por teléfono, desde La Moneda, para despedirse de ella—que iba a cumplir 8 años— y de su hermana menor, Daniela.

—“Tomé una decisión, no sé si están en condiciones ahora de entenderlo, pero mi rol es quedarme aquí, al lado del Presidente: van a bombardear La Moneda”, recuerdo que me dijo. Nos habló sin matices, fue muy directo, como era él—relata.

La segunda despedida fue el pasado 18 de abril. Su padre, de 94 años y con demencia senil, vivía en una senior suites de Ñuñoa, y ella partió

de vacaciones a Europa y México junto a su esposo, el ex subsecretario del Interior Mahmud Aleuy:

—Mi papá se quedó con enfermero, con la versión médica de “tenemos para rato”. Al despedirme le dije: “Voy a la farmacia”. Se preocupó y me dijo: “¿Por qué?, ¿te duele algo?”. “No”, le dije, “voy a comprar, nomás”. Y le advertí: “Me tienes que esperar”. Le estaba diciendo una cosa distinta a la que él estaba entendiendo, claro.

La tercera despedida de Jorquera hija a Jorquera padre fue el 6 de mayo pasado, en su funeral. Dos días antes, y estando ella en una playa de México, su hermana le dijo: “Es mejor que te vengas”. El periodista estaba teniendo una falla generalizada y ella pidió que le pusieran el teléfono. “Mira, hue..., no te permito que me hagas esto, me tienes que esperar”, le dijo, pero él ya estaba inconsciente. Una hora después le dijeron que había fallecido:

—Me dio ira—reconoce ella en su departamento en Providencia, vestida

de negro, con un cigarro en la mano y una coca-cola en la otra—. Pero murió en un respiro, ni con dolor ni quejidos ni ahogos. Y muy acompañado por mi hermana, mi madre y una de sus mejores amigas. La urna no la sellaron por mí. Al llegar a Chile pedí que la abrieran. Para mí era importante tocarle la cara, sus manos. Necesitaba despedirme así.



Periodista de oficio, aunque nunca estudió esa carrera—egresó de derecho de la Universidad de Chile—, el “Negro” Jorquera o “el rey de la bohemia santiaguina”, como lo llamaban sus amigos, comenzó con una demencia senil hace cuatro años. Aun así, cuenta su hija, era autovalente, no quiso nunca vivir con ella (“Antes de eso, prefiero morir”, le advirtió), pidió que en la senior suites lo dejaran fumar en su pieza, tener whisky y todos los días cumpliera con dos rutinas: comprar los diarios e ir caminando a Las Lanzas, el local de Plaza Ñuñoa, donde tenía

una mesa reservada.

Alejandra Jorquera, sentada en el sobrio living de su departamento, de trato afable, voz serena y firme, pide disculpas “si mezclo las historias que voy contando”. Estudió periodismo en la Universidad Andrés Bello y trabajó brevemente en la revista *Apsi* antes de ejercer, durante cuatro años, como corresponsal de Televisión en Chile. Como conocía a Valentín Pimstein—el chileno pionero de las telenovelas mexicanas y productor de *Los ricos también lloran*, *Carrusel* y *Simplemente María*, entre otras—, el ejecutivo le pidió que le mandara informes semanales vía fax sobre la televisión chilena.

Su madre, Angélica Beas, trabajó como periodista en TVN, fue reportera de *Apsi* y luego se dedicó a las relaciones públicas, especialmente en temas medioambientales. Que Alejandra Jorquera estudiara periodismo parecía natural.

—Creo que siempre quise ser periodista. Pero me demoré mucho en tomar la decisión de estudiar. Me gus-

taba escribir, pero soy mala entrevistadora —dice, mientras enciende otro cigarrillo. Hoy es parte de un *podcast* llamado “Como en la barra”, junto a otros periodistas. Su currículum anota también un breve paso por *Teleantártica*, como asistente de producción, y varios años después, en la Municipalidad de Santiago, bajo el mando de Jaime Ravinet, y en el primer gobierno de Michelle Bachelet, en prensa del Ministerio del Trabajo. Para ella, eso sí, su trabajo más recordado fue en *El Post*, un diario digital donde en 2011 publicó una crónica con la que fue finalista del Premio Periodismo de Excelencia UAH. Allí relataba el día en que a Roberto Parada le contaron que habían encontrado muerto a su hijo, José Manuel:

—Mi mamá, mi hermana y yo lo estábamos acompañando, en el teatro La Comedia, cuando a él le informan que había aparecido el cadáver, y él siguió actuando. Tenemos un vínculo familiar con los Parada, mi mamá quería mucho a José Manuel y fuimos a apoyarlo.

En 2012, con Carolina Tohá de alcaldesa, Jorquera regresó a trabajar a la Municipalidad de Santiago, como jefa de contenido.

—A Carolina la conozco desde niña. Nuestros padres eran compañeros de universidad, vivimos juntas en México, pasamos el momento cuando mataron a José Tohá.

Dice que vivió con pena la derrota de ella en la última elección municipal.

—Me parece muy injusto lo que pasó. Porque a Carolina la meteron en un saco, ella heredó de su padre el sentido de la honorabilidad y muchas de las acusaciones que se hicieron fueron injustas. Hasta entonces había sabido manejarse bien en esas aguas y sigo creyendo que ella habría sido una gran presidenta. No está la última palabra dicha. Yo le he aconsejado que pare un buen rato, en este minuto es puro fango.

—¿A qué se refiere?

—Mi primera relación con el fango tiene que ver con el tema de las platas en la política. Y hablo de SQM. Cuando ya viste que personas de izquierda recibieron plata de una ma-

nera o de otra, del yerno de Pinochet, fue un punto de no retorno. Eso ya es como la prostitución misma. Pero lo vi en mucha gente, en (Rodrigo) Peñailillo, sin ir más lejos. Eso me asqueó mucho.



Han sido meses intensos para Alejandra Jorquera. No solo por la muerte de su padre, que antes de fallecer tuvo dos meses en que la demencia senil se agravó con episodios de violencia, sino además porque su marido, Mahmud Aleuy, dejó su cargo de subsecretario del Interior el 8 de marzo luego de cuatro años que, reconoce, “tuvieron un costo familiar importante”.

Pareja desde hace 24 años y sin hijos, vivieron en primera línea el segundo gobierno de Michelle Bachelet y enfrentaron una enfermedad de él a la médula espinal, que le provoca dolores de espalda e insensibilidad en una de sus piernas, además de dejarle una cojera.

—El primer año se me mezclan varias cosas: mi marido asume con una enfermedad muy compleja, y de hecho, el día en que tomó juramento, lo acompañé al Congreso y mi susto era que se cayera, porque apenas podía caminar. Después de eso lo

operaron y vino su proceso de recuperación, que por supuesto no hizo —pudo quedar tetrapléjico—, porque se puso a trabajar. Tenía prohibido subirse a helicópteros, pero subía igual. Yo sufría.

Ese primer año, Aleuy tuvo desavenencias con el entonces ministro del Interior, Rodrigo Peñailillo, y que trascendieron a los medios. En ese momento, recuerda Jorquera, prefirió mantenerse al margen de opinar:

A 14 meses de iniciarse el mandato de Bachelet, Peñailillo salió del gobierno en medio de cuestionamientos por su manejo del caso Caval y las boletas que emitió en 2012 a una empresa de Giorgio Martelli vinculada a SQM.

—Tengo sentimientos encontrados, porque soy muy mamífera, súper poco políticamente correcta; entonces, el primer año me contuve, de hecho cerré mi cuenta en Twitter y me quedé más o menos callada, para no dar grandes espectáculos, hasta que lo empecé a dar. Pero soy así y si veía que decían “Aleuy aquí y allá”, me iba en picada.

—Estando él con su salud delicada, ¿usted le pidió alguna vez que renunciara?

—Solo se lo pedí todos los días cuando llegaba, en la época en que Peñailillo y su gente hacían sus gracias. Lo esperaba en las noches y le decía “renuncia”. Y me miraba con cara de “¿cómo se te ocurre?”. Sabía que me iba a decir que no; entonces, ya era una broma: “¿Ya renunciaste?”, le preguntaba. Él se reía. Para mí fue súper desgastante. Como dice mi mamá, fui subsecretaria con él, sufría con él, y lo que él no sufría, lo sufría yo, porque él es bastante pragmático, pero yo soy más hormonal y todo era para mí una afrenta. Pero, por otro lado, tuve satisfacciones inauditas, como caminar en la calle con él y que la gente lo parara y le dijera: “Me carga su gobierno, pero usted me encanta”. Eso le pasó y le sigue pasando. O gente de derecha que le decía que era la única persona seria del gobierno, lo que me daba mucha pena, por una parte, pero por otra me llenaba de orgullo.

—Fueron cuatro años...

—Horribles.

Jorquera reconoce que un momento complejo del período de Aleuy en La Moneda fue cuando se tomó 18 días de feriado legal, en octubre de 2017, luego del tratamiento que se le dio a la huelga de cuatro comuneros mapuches y la decisión de recalificar el carácter terrorista de la querrela en contra de los involucrados en la quema de una iglesia, algo que él no estaba de acuerdo.

—¿Cómo vivieron esos días?

Se dijo que estuvo virtualmente renunciado.

—Eso fue estresante, tuvimos cámaras de televisión frente al departamento. En general, todo lo de la Araucanía fue estresante. Nos fuimos a México y allá elegí un hotel sin chilenos y había igual. Pero, por otro lado, sabía que esto iba a ir por dónde iba, si él finalmente nunca renunció. Más allá de lo que algunos le hayamos pedido en su momento, él nunca iba a dejar a la Presidenta sola. Él podía estar en desacuerdo con algunas cosas, como las estuvo, pero esto fue una desavenencia, y ni siquiera con la Presidenta. Él habló con la Presidenta, ella le dijo: “Tómate unos días”. Y claro, la presión fue fuerte.

Tras la salida de Aleuy del ministerio, el pasado 8 de marzo, Alejandra Jorquera le organizó una despedida.

—Tenía la sensación de que no esperaba que nadie le diera las gracias. Y a lo mejor es feo que lo diga, porque soy la mujer, pero dudo que alguien se haya sacado tanto la cresta sujetando un gobierno como lo hizo él. Él y su equipo. Pero ojalá se hubiera podido dedicar solo al giro del negocio y no a todo, como se tuvo que dedicar. Y cuando sale ese día de La Moneda, para mi sorpresa, había 300 personas en el Patio de los Cañones y la Presidenta bajó a despedirlo. Pero como no sabía que eso iba a pasar, le organicé una celebración sorpresa.

—Hubo varias personas que no estuvieron ahí.

—Invité a los que durante los cuatro años estuvieron irrestrictamente con él, que no fueron muchos. Me preocupé personalmente de no invitar a cierta gente. Estuvo Ricardo Lagos, claro, y me encargué de no invitar al Partido Socialista. Salvo algunas personas del PS, con nombre y apellido, y que no eran parte de la directiva.

—¿Cree que fueron poco leales con él?

—Bueno, solo recordaría que cuando estaba la pugna entre Peñailillo y Aleuy, que fue cuando se descubrieron todos los enredos con SQM y por más que Peñailillo, no sé si trató o su gente... —dice

dejando la frase incompleta—. Era divertido, porque yo iba a veces a La Moneda, y veía una nube de la cofradía de Peñailillo, parados como guardianes. Bueno, cuando pasó eso, hubo elecciones en el PS y el equipo de Peñailillo solo quería una cosa: que ganara Isabel Allende, porque apostaban a que así no iban a tocar a Peñailillo ni al resto. Y cuando estaba toda la pugna desatada y ya se sabía todo, la mesa del Partido Socialista fue a La Moneda a solidarizar con el ministro del Interior, que era militante PPD, y ni una

palabra para Aleuy (que es socialista). Y en eso soy atroz, ni perdón ni olvido. Tengo una relación familiar con Isabel, y separo las cosas, pero en lo político el PS nunca, desde la directiva de ella hasta ahora, hizo nada. No puedo evitarlo, no olvido esas cosas.

—Finalmente, volvió a Twitter y el año pasado tuiteó algo muy crítico sobre el Presidente Piñera.

—¿Cuando le dije mentiroso? Porque estaba hablando de unas cifras que no, pues.

—¿No le dijo nada su marido?

—Jamás, cómo se te puede ocurrir. No se atrevería a decirme nada, si además sabe cómo soy: filtro poco. A Piñera le dije una vez eso, pero no fue nada, poquito. Él se mataba de la risa, me conoce así, ya no hay alternativa.



Los padres de Alejandra Jorquera se separaron un año antes del golpe. Tras el bombardeo a La Moneda, cuenta, no supieron de su padre hasta una semana después, cuando Benjamín Mackenna, de Los Quincheros, lo vio en un pasillo de la Escuela Militar y los llamó para contarles.

—Mi papá era amigo de todo Chile, no tenía enemigos —define.

Luego, Carlos Jorquera estuvo en isla Dawson y de ahí lo llevaron a la Escuela de Telecomunicaciones. En-

tonces pudieron verlo.

—Cuando mi mamá se enteró de lo de Dawson, abrió un atlas de Chile y nos mostró dónde estaba. Nos dijo “ahí está el papá”. Para nosotros era cerca de la Antártica, señal de frío. Entonces, pintamos esa parte del mapa con amarillo con mi hermana, para que le diera calor —recuerda.

En 1975, Jorquera padre fue exiliado a Venezuela, mientras sus dos hijas y su exesposa se radicaron en México. Cinco años después, las hijas y la exesposa de Jorquera volvieron a Santiago y él solo pudo regresar en 1987. Durante ese tiempo, relata, él las iba a ver a México y luego se encontraban en Brasil o Argentina. Si era habitual que él, todos esos años, las llamara los martes, jueves y sábado.

—¿Cómo fue crecer con su papá a la distancia?

—Fue un papá que estuvo ausente físicamente, pero muy presente, porque nos llamaba siempre. Se encargaba de vernos dos veces al año, al menos, en las vacaciones de verano y septiembre. Si la comparo con la ausencia de varias amigas que les mataron a sus papás, yo lo tuve. La ausencia se siente, claro.

—Con el paso del tiempo, ¿cómo recordaba su padre el 11 de septiembre?

—Del golpe no es que hablara mucho, si hablábamos del suicidio del “Perro” Olivares, porque era como su hermano. Él sintió el ruido de la bala al interior de La Moneda, en medio del bombardeo, corrió y ahí lo encontré. Mi papá quedó muy marcado y no volvió a ser el mismo. Él siguió viviendo, claro, trabajó en Venezuela y tuvo una inyección cuando nacieron sus dos nietos. Pero mi mamá le decía “tú te quedaste en el 11”.

—Y usted, ¿qué cree?

—Sí. Se quedó pegado en ese día.

Jorquera va a la cocina y regresa por más coca-cola, mientras piensa en voz alta sobre su padre. Espera que la llamen del cementerio para ir a buscar las cenizas, recuerda el éxito que él tenía con las mujeres y, entonces, como buscando un consuelo, dice:

—Mi papá vivió en su ley toda la vida. S

Jorquera estaba de vacaciones en México cuando su hermana la llamó, hace un mes, para contarle que su padre había fallecido. Ella solo logró cambiar los pasajes para llegar al día siguiente y estar en su funeral.





GENTILEZA ALEJANDRA JORQUERA

"Como dice mi mamá, fui subsecretaria con él, sufría con él, y lo que él no sufría, lo sufría yo, porque él es pragmático y yo más hormonal", dice Jorquera sobre los cuatro años de su marido, Mahmud Aleuy, como subsecretario del Interior.

“

Al despedirme le dije: ‘Voy a la farmacia’. Se preocupó. Y le advertí: ‘Me tienes que esperar’. Le estaba diciendo una cosa distinta, claro

”



Carlos Jorquera nunca estudió periodismo, pero lo ejerció en TV y prensa escrita antes de ser el secretario de prensa del expresidente Salvador Allende. El 11 de septiembre de 1973 estuvo durante el bombardeo a La Moneda.

“

Todos los días, cuando
(Aleuy) llegaba,
en la época en que
Peñailillo y su gente
hacían sus gracias,
lo esperaba en las
noches y le decía:
¿Ya renunciaste?

”

